Gustavo Roldán

EL CARNAVAL DE LOS SAPOS

Colección Infantil-Juvenil

Directora:
Profesora Graciela Pericón

Cuentos para niños

Eisa Bornemann
¡Nada de tucanes!
De colores, de todos los colores

Norma Bragagnolo
Esperanzas del viento y el ciervo

Laura Devetach
El ratón que quería comerse
la Luna y otros cuentos

Graciela Falbo
¡Basta de brujas!

Marta Giménez Pastor
Fui por un caminito... y otros cuentos

María Granata
Mambrú se fue a la guerra

Graciela Montes
Amadeo y otros cuentos

Syria Poletti
El monito Bam-Bin

María Rosa Solsona
Corazón de cristal
Los secretos de la isla sonriente

Perla Suez
El vuelo de Barrilete y otros cuentos
y otros cuentos

Ema Wolf
Walter Ramírez y el ratón nipón

Gustavo Roldán
El carnaval de los sapos

Carlos Silveyra
Cuentos chinos y de sus vecinos

José Sbarra
Cielito

Gustavo Roldan

El carnaval de los sapos

Ilustraciones de Myriam Holgado

"EL ATENEO"

Todos los derechos reservados.
Este libro no puede reproducirse, total o parcialmente, por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de fotocopia, registro magnetofónico o de alimentación de datos, sin expreso consentimiento del editor.

Queda hecho el depósito que establece la ley N° 11.723.
@ 1986. "EL ATENEO" Pedro García S.A.
Librería, Editorial e Inmobiliaria, Florida 340, Buenos Aires.
Fundada en 1912 por don Pedro García.

ISBN 950-02-8392-1
IMPRESO EN LA ARGENTINA

La creciente

El río crecido tronaba y rugía como diez mil leones juntos. A la orilla, el oso hormiguero y el quirquincho miraban los troncos y los árboles arrastrados que daban vueltas y vueltas.

El sapo llegó y miró el agua con indiferencia.

—Don sapo, el río lleva árboles enteros —dijo el quirquincho—. ¿Vio qué creciente más grande?

—¿Grande? No me haga reír m'hijo. Grandes eran las crecientes de antes.

—¿Sí, don sapo? ¿Llevaban árboles?

—No, m'hijo, árboles no. No se molestaban con cosas chicas. Llevaban el monte entero.

—¿Y adónde iba a parar ese monte?

—Nunca faltaba un lugar sin árboles, y ahí dejaban todo el monte. Y dejaban los árboles con pájaros y todo.

—¿Y usted vio esas crecientes? —preguntó el oso hormiguero.

—¿Si las vi? Con decirle que una noche me agarró una y me llevó tan lejos como usted no se imagina. Me hizo dar media vuelta al mundo.

—¿Media vuelta al mundo, don sapo? ¡Qué barbaridad! ¿Y cómo hizo para volver?

—¿Volver? Era imposible volver. ¿No le digo que estaba en la otra punta del mundo?

—Pero ahora está aquí otra vez.

—Sí m'hijo. Pero no volví. Usted sabe que el mundo es redondo, ¿no? Bueno, entonces me quedé ahí, y esperé y esperé.

—¿Qué esperaba, don sapo? —preguntó el quirquincho.

—Otra creciente, m'hijo. Un año entero esperé. Ya me estaba acostumbrando a

vivir ahí cuando justo vi que se venía una.

—¿Qué hizo, don sapo?

—Me tiré de cabeza en medio de la creciente, y seguí para adelante, dando la otra vuelta al mundo. Cuando la creciente pasó por aquí, me bajé.

—¿Y el monte, don sapo?

—Me lo traje conmigo. ¿No ven que está aquí? Eso sí, dejé algunos árboles de recuerdo y me traje unas palmeras del África. ¿De dónde creen que salen esas palmeras?

El río seguía rugiendo como diez mil leones juntos. El sapo se fue saltando, mordiendo el palito de una flor de mburucuyá.

Al alejarse miró al río de reojo, diciendo:

—Ja, si sabrá de crecientes este sapo.

Las huellas del tatú

El sol era como un fuego redondo y amarillo. Solo las iguanas se animaban a salir a pasear, mientras los otros animales se quedaban bajo los árboles buscando el lugar más fresco.

—Hasta conversar me da calor —dijo el coatí.

—Este sol nos va a borrar las huellas —dijo el conejo.

—¿Huellas? —dijo la lechuza—. El que siempre hablaba de huellas era el tigre. Miraba una huella y decía: Por aquí pasó una vizcacha cara blanca, iba apurada y preocupada y recién acababa de almorzar. O decía: Hace un ratito no más pasó al trote un ñandú con un pajarito cantor en el lomo.

—¿Y le acertaba siempre?

—¿Siempre? Ni una sola vez. Pero quién le iba a discutir si era el tigre.

El coatí mostró unas marcas al lado de un árbol y dijo:

—Esta mañana pasó un amigo y estuvimos juntos un rato. Aquí quedaron sus pisadas. ¿Alguno se anima a decir de quién son?

Todos miraron y miraron. Estudiaron las huellas una y otra vez, pero nada. Solo veían un poco de tierra removida y alguna ramita quebrada.

¿Quién habría pasado?

El único que no se acercó fue el sapo. Se quedó mordiendo un pastito, como indiferente.

—Y usted, don sapo —dijo el mono—, ¿no se anima a descubrir quién pasó por aquí?

—y... —dijo el sapo—, como animarme me animo.

—¿Usted sabe de huellas, don sapo? —preguntó el coatí.

—Ja —dijo el sapo—, no es por presumir, pero este sapo no estaría aquí si no supiera de esas cosas.

Se acercó sin apuro, y todos los bichos se apartaron haciendo un círculo alrededor de las huellas. El sapo las miró, dio una vuelta y se quedó pensativo.

—Y, don sapo —dijo el mono—, ¿puede leer en esas huellas?

—Ja —dijo el sapo—, como en un libro cerrado.

—Abierto, don sapo.

—No m'hijo, cerrado. Total, no sé leer.

—¿Qué dicen esas huellas?

—Como decir, no dicen nada, porque no saben hablar. Miren, por aquí pasó un tatú que rengueaba de la pata izquierda. Iba comiendo una naranja, tenía un lunar en la oreja y una mariposa en el lomo.

—Sí sí, don sapo. Así era —dijo el coatí.

—No se apure m'hijo, que todavía falta. Aquí se paró y se rascó la panza.

—¡Eso es magia, don sapo! ¡Qué sabiduría para leer huellas! —dijeron todos admirados.

—No se apuren, no se apuren. Era un tatú gordito y estaba muy contento. Después se fue silbando un chamamé. Sin duda era un tatú enamorado que iba a visitar a su novia que se llama Margarita, y que lo esperaba al lado del río.

—Sí sí, don sapo. Todo eso es cierto —, dijo el coatí—. Yo charlé un ratito con el tatú y me contó todo eso.

Los animales lo miraban con los ojos muy abiertos. Ya se habían olvidado del sol que era como un fuego amarillo y redondo. Solo pensaban en la habilidad del sapo.

—Ja —dijo el sapo mordisqueando un palito de costado—. Si sabrá de huellas este sapo.

Y se fue a sentar a la mejor sombra, pensando en las ventajas de ser chiquito y poder quedarse entre los yuyos escuchando conversaciones sin que nadie se dé cuenta.

El gran concurso

—Lindo bicho la corzuela —dijo el mono.

—¿Le parece m'hijo? ¿No lo miró al yacaré? Ese sí es un bicho lindo.

—¿El yacaré? ¿Usted cree, don sapo?

—Seguro m'hijo. Lindos son los animales de boca grande. Por eso me gusta el yacaré.

—¿Y entre los pájaros, don sapo? ¿No le gusta el picaflor?

—¿Qué puede verle de lindo al picaflor? ¿Se fijó en ese piquito que tiene? Apenas si puede decir iii iii. Jamás podrá decir croac.

—Y... gustos son gustos, don sapo.

—No m'hijo. Tanto como eso no. Además, ya es cosa establecida. Eso quedó resuelto en el Gran Concurso.

—No conocía eso. ¿Concurso de qué?

—De lindura y elegancia. Yeso ya es ley. Y no porque lo diga este sapo.

—Cuente, don sapo. Cuente cómo fue.

—Fue hace muchos años. Un día se llamó a un Gran Concurso para elegir el animal más lindo y más elegante. Y ahí fue toda clase de bicho. No faltaba nadies.

—*Nadie*, don sapo.

—No, *nadies, porque eran muchos los nadie* que no faltaban. Todos relucientes y buenos mozos. Lo viera al tigre, rugía y rugía como para impresionar al jurado. Y el león no se quedaba atrás. Sacaba las uñas y arañaba el tronco de los árboles. Una lindura al león.

—¿Y el tordo? ¿Estaba el tordo?

—El primero en llegar m'hijo. Se paró en una rama y silbó poleas y chamamés hasta que se terminó el concurso.

—¿Y cómo salió?

—Afónico. Salió afónico el pobre. Y estaba el carpincho y el tatú, la garza y el coatí, el loro y el yacaré, que se vino del río y llegó dando coletazos para aquí y para allá.

—¿Cómo salió el yacaré?

—Mojado. ¿No le digo que se vino del río? Hasta hubo un bicho que llegó de lejo.

—De *lejos*, don sapo.

—No, de *lejo* no más, porque era uno solo.

—¿Y estaba el zorro?

—¿No digo que no faltó ninguno? Claro que estaba el zorro. Me acuerdo como si fuera ayer, todo reluciente y pura sonrisa. Se corría una fija el zorro. Se fueron colocando uno al lado del otro, frente al jurado. Después desfilaron. Largo el desfile, m'hijo. Tres días seguidos estuvieron desfilando. Y el jurado, el más imparcial, estudiaba seriamente cada caso. Y ahí fue donde el yacaré quedó entre los finalistas.

—¿Y quién ganó? ¿El tigre?

—¿Quién ganó? Eso es lo que todos se preguntaban. Pero el jurado analizaba y analizaba, para que ninguno pudiese protestar por el resultado. Al final resolvieron por unanimidades.

—Por *unanimidad*.

—No, por *unanimidades*, porque eran un montón.

—¿Ganó el león?

—No, m'hijo, ni cerca.

—¿El yacaré?

—No, m'hijo. El yacaré salió finalista. Aquí donde lo ve, ganó este sapo.

—¿Usted?

—Ajá. Y por *unanimidades*. No hubo ni un solo voto para el tigre. Ni un voto para el león.

—¿Y el jurado? ¿Quiénes hacían de jurado?

—Ja, quién iba a ser. Un jurado de sapos.

Animal de pelo fino

Por aquellos tiempos el que pisaba fuerte en el monte era don tapir. Hacía retumbar el suelo con sus trotes, y los otros animales, o le decían a todo que sí, o tenían que irse muy lejos.

Y sucedió que don tapir quiso casar a su hija, pero, eso sí, nada de bichos de medio pelo. Tenía que ser algo muy especial.

La tapircita estaba de acuerdo, ¡y no había candidato que le viniera bien!

—¡Ay no! —decía—. Ese tiene el pelo muy áspero.

—¡Ay no!, éste tiene el pelo muy largo...

—¡Ay no!, aquél tiene el pelo muy corto...

—¡Ay no, ay no y ay no..!

Para terminar con la historia, y para que su hija eligiera mejor, el tapir ordenó que desfilaran los animales peludos de mil leguas a la redonda.

—Lo que me gustaría —había dicho la tapircita— es un novio que tenga en la cabeza un penacho muy blanco, que tenga en el lomo dibujos cuadraditos de todos los colores, que tenga la cola más larga del mundo, y que tenga y que tenga y que tenga...

Cuando llegó el día del concurso los candidatos hicieron una larguísima fila y pasaron y pasaron. Uno tras otro fueron pasando haciéndose la propaganda.

—Yo soy el tigre, y si no tengo cuadraditos, tengo unas manchas que me hacen casi invisible en la selva. Y los colmillos más filosos.

—¡Ay no! ¡Qué bicho más grande! –dijo la tapircita.

—Yo soy el oso hormiguero, tengo una larga tira blanca en el lomo y las uñas más grandes y más fuertes.

—¡Ay no! ¡Qué bicho más largo!

—Yo soy el conejo, y tengo las orejas más largas y el pelo más suave, y sé saltar como ninguno.

—¡Ay no! ¡Qué bicho más chiquito!

Y así seguían desfilando y desfilando, y solo se escuchaba un ¡Ay no, ay no y ay no!

El sapo, que estaba mirando todo, puso cara de pícaro y se fue para otro lado mientras seguía el desfile.

Y pasaron y pasaron. Los unos y los otros.

También quiso pasar don araña pollito, que sostenía que él era un animal peludo. Casi se armó una pelea, pero al final entendió que la cosa era entre mamíferos y que él tenía demasiadas patas.

El ambiente en el monte ya se estaba poniendo medio espeso cuando a la tapircita se le pusieron los ojos del tamaño de un girasol. En medio de los murmullos asombrados del monte llegó el esperado príncipe azul.

—Yo soy el *opas* —dijo.

Todos miraron con sorpresa ese animal desconocido.

Tenía cuadraditos en el lomo con los colores más hermosos, un penacho en la cabeza tan blanco y tan suave que parecían las plumas de una garza. Y la cola... una cola tan larga como siete colas de zorro.

—¡Ay sí! —dijo la tapircita.

No había nada más que decir. Don tapir decidió que esa misma noche se hiciera la fiesta de casamiento.

Pero fue una mala noche para la hija del tapir, porque el *opas* la dejó compuesta y sin visita.

Y mientras el tapir zapateaba de rabia y lo hacía buscar por todo el monte, el río llevaba flotando hacia quién sabe dónde un manojo de plumas de garza, unos misteriosos pedacitos de pieles pintadas y siete colas de zorro atadas en

ristra.

Mientras tanto, el sapo se reía bajito debajo de un yuyo y murmuraba:

—Ja, si sabrá de pelos finos este sapo.

El carnaval de los sapos

En el atardecer caliente, el río era un remolino de colores. La creciente desbordaba las márgenes y los animales tenían que alejarse cada vez más para escapar del agua.

—¿De dónde saldrá tanta agua? —se preguntó el coatí.

—Un poco más y nos ahogamos todos —dijo el quirquincho.

—A nosotros nos salvan las patas largas —dijo el piojo, parado en la cabeza del ñandú.

—¡Bah! —dijo el sapo chapoteando de lo más contento—, ustedes se ahogan en un vaso de agua. Esto se termina pronto.

—¿Cuándo, don sapo?

—Cuando los sapos de la otra punta dejen de jugar al carnaval.

—Pero don sapo, ahora no estamos en carnaval.

—¿No? Eso es lo que usted se cree, m'hijo. Los sapos tenemos muchos carnavales. ¿A ustedes no les gusta el carnaval?

—Sí, sí, claro que sí —dijeron la paloma, el coatí, el mono, el quirquincho, el piojo y la cotorrita verde.

—Y si les gusta tanto, ¿por qué tienen uno solo? Los sapos tenemos muchos carnavales. Cuando crecen los ríos es que algunos están festejando.

—¿Y tanto juegan, como para que venga una creciente?

—¡Ah, m'hijo, es que los sapos jugando somos cosa seria! Y como nos gusta jugar con agua, inventamos el carnaval. Cuando se cansen los que ahora están jugando y se vayan a dormir, se termina la creciente.

Los bichos se fueron contentos. Todo era cuestión de esperar unos días más, y las aguas volverían a la normalidad.

El sapo saltó a un tronco que flotaba en la corriente. Alzó un palito y poniéndoselo al costado de la boca se dijo:

—Ja, si habrá jugado carnavales este sapo.

Índice

La creciente

Las huellas del tatú

El gran concurso

Animal de pelo fino

El carnaval de los sapos